

Literatura antártica argentina en la década de 1960

MARTÍN H. BERTONE

Introducción

La literatura es una herramienta valiosa para conocer el mundo. A veces, incluso, ayuda a explicarlo. Uno de sus rasgos distintivos es su utilización del lenguaje, más cuidado que en el uso cotidiano, ya que busca la belleza o la reflexión. Para ello, la literatura no sólo recurre a figuras retóricas como la metáfora o la metonimia, sino también a un determinado ritmo de los textos, a descripciones o a diálogos.

Ya sea que estén escritos en verso o en prosa, las situaciones, imágenes y relatos –fruto de la imaginación o la realidad– se sirven de las palabras para conmover o hacer pensar a los lectores. La poesía y las crónicas de viaje, géneros que comentaremos aquí, se diferencian en su enfoque, propósito y extensión, pero nada les impide compartir temas. La Antártida es prueba de ello.

Por las características geográficas y climáticas del continente helado, la poesía antártica se centra en su belleza y misterio. Los poetas que le dedicaron versos utilizaron su imaginación y sensibilidad para crear imágenes vívidas de su paisaje, su flora y fauna, y sus fenómenos meteorológicos. La poesía antártica es, a menudo, lírica y evocadora, y puede expresar emociones como la maravilla, el asombro, la soledad y la nostalgia.

Por su parte, las crónicas de viaje antárticas se centran en la exploración e investigación del sexto continente. Los cronistas que analizaremos relataron sus experiencias personales en el continente helado, incluyendo sus observaciones sobre el paisaje o los animales, así como sus reflexiones sobre el significado de la Antártida. Las crónicas de viaje antárticas suelen narrar en los hechos con una mirada objetiva, pero también pueden ser subjetivas, y son ellas las que muestran una mayor riqueza expresiva.

En este capítulo, nos centraremos en las principales publicaciones *literarias*, tanto en verso como en prosa, realizadas durante la década que siguió a la firma del Tratado Antártico. Por ello, dejamos de lado los textos producidos en esos años que son puramente históricos o cuyo objetivo fue divulgar, en tono oficial, las actividades realizadas por militares y científicos argentinos en la Antártida.

1. Poesía y contemplación

La belleza y la diversidad de la naturaleza fueron una fuente de inspiración para los poetas de todas las épocas, quienes encontraron en ella un reflejo de sus propias emociones y pensamientos, como la admiración, el asombro y la paz.

En poesía, la naturaleza puede ser representada de muchas maneras. Puede ser el tema principal del poema o bien servir como un telón de fondo para una historia o una reflexión. La contemplación de la naturaleza puede ser una experiencia espiritual y transformadora. Al observar la naturaleza, podemos conectarnos con algo más grande que nosotros mismos.

La poesía de la escuela romántica, por ejemplo, se caracterizó por su interés en la naturaleza. Los poetas románticos, como William Wordsworth y John Keats, vieron la naturaleza como una fuente de inspiración y de conocimiento. La región antártica, pródiga en mar y hielo, proveyó a quienes tuvieron la fortuna de conocerla sensaciones de inmensidad, pero también de peligro.

A) *Thulia: un relato del antártico (1962)*, traducción de Noemí Carranza

Si bien el extenso poema, escrito por el cirujano estadounidense J.C. Palmer, fue publicado originalmente en inglés, nos interesa destacar la traducción realizada en nuestro país por el Departamento de Estudios Históricos Navales (DEHN). Dicho departamento, que funciona en Casa Amarilla, réplica del solar donde vivió el Almirante Guillermo Brown, fue fundado por el entonces Capitán de Navío Humberto F. Burzio, quien lo presidió hasta marzo de 1970. Bajo su dirección, el departamento publicó más de 30 obras de historia naval.

Thulia: a tale of the Antarctic pertenece a la colección “Libros e impresos raros”, publicado por el DEHN en 1962. En el volumen, se reproducen

las ilustraciones originales de A.T. Agate, ilustrador de la expedición, y la partitura de la *Canción antártica marinera*, con música para guitarra compuesta por James D. Dana, geólogo de la expedición.

El DEHN le encargó la traducción de *Thulia...* a Noemí Carranza quien fue pionera en figurar en la cubierta de la publicación debajo del nombre del autor. Dado que la traductora encaró la difícil tarea de volcar a nuestro idioma un poema en rima que, además, fue escrito casi 120 años antes, consideramos que hizo un muy buen trabajo. De hecho, en la introducción al libro, Burzio dice que la traducción fue “realizada con prolijidad y especial competencia” y poco después agrega:

Por tratarse de una traducción libre, los versos del poema carecen del ritmo que da la métrica, inconveniente grave al parecer, que no lo es tanto si se piensa que conservan la cadencia, que en definitiva es lo sensible que deja la lectura en el alma, pues como se ha dicho, si la medida en el verso es arte, la cadencia es su poesía.

Más adelante, el jefe del Departamento de Estudios Históricos Navales se refiere al poema, que pertenece a la escuela literaria del romanticismo:

...el “mal del siglo”, como fue llamado en su tiempo por sus detractores, muy en boga entonces, como lo denuncia su propensión a la fantasía y al sentimentalismo. (...) El poema, la música y el dibujo nacidos en el corazón de estos tres miembros de una expedición científica, que como tal tenía la misión de investigar lo verdadero, quedó impreso en el libro como un intento de mostrar lo bello de la empresa del hombre en su eterna lucha con la naturaleza, en el ideal intento de verificar la verdad del pensamiento de Byron, de que el arte no es inferior a la naturaleza por la parte de la poesía.

Toda traducción es una reescritura, la producción de un texto meta, basado en un texto fuente que lo sustenta. Sin adentrarnos en las complejidades de la traductología, disciplina que forma parte de la lingüística aplicada, tomamos prestada la clara definición de Gloria Marocco Maffei (1994: 143):

El traductor es un lector que tiene acceso al texto original y que, además, produce un texto escrito, diferente del original, para ser leído por otros lectores que no conocen ni tienen acceso al texto de partida.

Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana

A su vez, Barbara Folkart (1989: 42), ve la traducción como una actividad que “resulta de un proceso creativo y amplía el potencial interpretativo, agregando virtualidades y resonancias propias¹”.

Por las razones que citamos de Marocco y Folkart, consideramos la versión de *Thulia: un relato del antártico*, de Noemí Carranza, como parte de la poesía antártica argentina.

A continuación, comparamos tres cuartetos del original y de la traducción argentina, todos de la parte V de la balada *Thulia*...:

Original de J.C. Palmer	Versión de Noemí Carranza
Dim through the gloom, pale masses loom,	Desdibujadas a través de la niebla, pálidas masas asoman
Like tombs in some vast burial ground: Here stalking slow, in shroud of snow, Ghost-like the night-watch tramps his round.	Cual tumbas en inmenso cementerio: Avanzan lentamente bajo un sudario de nieve, Cual vigilantes espectros cumpliendo su ronda.
Mountain son hoary mountains high, O’ertop the sea-bird’s loftiest flight: All bleak the air –all bleached the sky– The pent-up, stiffen’d sea, all white	Montañas de escarchadas alturas Sobrepasan, el blando vuelo del ave marina; Todo tieso el aire, todo emblanquecido el cielo, El enjaulado y prisionero mar, todo blanco.
The ice, the piles of ice, arrayed In forms of awful grandeur still	El hielo, montones de hielo alineados En quietas formas de espantosa grandiosidad;
But all their terror show they fade, Before proud man’s sublimer will	Pero todos sus terrores se desvanecen Ante la sublime y orgullosa voluntad del hombre.

B) Antártica. Poemas de hielo (1964), de Carlos Moneta Testa

Nos recuerda Pedro Luis Barcia (2013) que Moneta Testa tiene un apellido con pasado antártico. Su padre fue José Manuel Moneta, el autor de

¹ La traducción es nuestra.

Cuatro años en las Orcadas del Sur (1949), donde participó en cuatro misiones antárticas: como ayudante, en 1923; como segundo jefe, en 1925; y como jefe en las campañas de 1927 y 1929.

Moneta Testa cuenta el colofón que “Este breve poemario fue escrito durante el año 1962, en mares, islas y tierras del continente antártico”. En efecto, esta obra casi artesanal contiene apenas quince poemas, compuestos durante un viaje que el autor hizo por el continente helado entre 1961 y 1962. Moneta detalla su itinerario: Mar de Drake, Islas Gibs, Adrland, King George V, Elefante, Mar de la Flota, Isla Decepción, Bahía esperanza, Tierra de San Martín, Archipiélago de las Islas Orcadas del Sur, Observatorio Naval Orcadas e Isla Laurie.

El autor de los *Poemas de hielo* escribe en su “Introducción” (pp. 9-10):

Trece meses blancos regresan conmigo a Buenos Aires, trece meses poblados de luces, hielos y fantasmas...fantasmas de seres que me acompañaron durante más de un año en mi peregrinación por el Sector Antártico Argentino.

Allí, en el límite sur de la patria, he descubierto la hermandad profunda que nos une, salvando las distancias y el desconocimiento que gran parte de nosotros posee sobre el sexto continente.

¡Nos hallamos tan lejanos de ustedes! ¡Tan lejanos...! Sentados en el lomo de los glaciares contemplamos este rincón sin hombres de la tierra. Resulta entonces muy fácil olvidar que existen, que tras la estela de muchas millas navegadas se crean otros términos del mundo, otros sitios del rojo llamear humano.

Ahora, tras muchos días de retorno, mis seres han logrado re-encarnar gestos y voces detenidos en una despedida. Por ellos y por todos los que desean recobrar en mí su invierno blanco, es que dejaré volar al viento del sur las hojas del Libro de la Antártica.

A los que me preceden y continúan, dedico este intento.

Barcia (2013) nos explica que los poemas están compuestos como una yuxtaposición, que va señalando gráficamente los elementos constitutivos del paisaje, que se va delineando en nuestra imaginación con estas pinceladas. El procedimiento evoca la técnica impresionista que va sumando sus bastones hasta sugerir una totalidad. El prestigioso profesor cita como ejemplo el poema “Pequeña ascensión a los glaciares” (p. 21):

*Abajo, reflejándome
nido de agua los petreles*

*Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana*

*beben el vino congelado
en la corola de montañas.
Duro es mirar, es necesaria fuerza
mar agotado, silencio
lamiendo el borde de la niebla
encerrada en azul y plumas blancas.
Remonta entre pingüinos
un carcaj de alas
suspendido al mástil de los vientos.*

La brevedad expresiva de Moneta lo lleva a condensar su visión del entorno helado en las 17 sílabas de un “Hai-kai polar”, dedicado a la dotación argentina en las Orcadas. Barcia (2013) nos hace saber que estamos ante un poema pionero: es el primero con esta métrica compuesto en las regiones antárticas.

*Trece seres
Trece dibujos del tiempo
Trece poemas.*

En el poema “Fénix alegre sobre esquís” (p. 25), el poeta se compara con el ave fénix. Recurre para ello a la figura retórica del oxímoron (contradicción), ya que el fénix está asociado a la combustión, es decir al fuego:

*Fénix de hielo
soy caminante en este pueblo azul
aprimado
por propias voluntades.
Preexistente
el silencio.*

*Con alegría mis esquís dibujan
pequeños subterráneos*

Dos páginas más adelante (pp. 27-28), encontramos otra figura retórica, la anáfora (repetición) de la palabra “silencio”, que Moneta utiliza generosamente en el poema “Llanto de petreles”:

*Silencio para un petrel que llora
silencio tras el tumor del viento*

*silencio en el azul que almena
las altas torres de glaciares
silencio para un deseo de foca
bebido en el aullar del perro
silencio a lo que es extraño
a nuestro mundo de fantasmas
silencio al límite de agua
en la llanura de los tímpanos
silencio a un cabalgar de aire
entre los hilos del telégrafo
silencio a una cosecha de nevadas
sobre la tierra de mi cuerpo.
(Silencio; a no quedar dormido
soñando que poseo el universo)
silencio hacia la soga que nos une
en largo collar de hombres de hielo
silencio auroral, silencio de la copa
donde fundimos la nieve y los recuerdos
silencio ante los soles ciegos
sentados en las calles del invierno
silencio para el dolor de un pájaro
silencio ante mi voz. Silencio.*

**C) Una geografía argentina vista por los poetas,
de Roberto Ledesma (1964)**

Nuestro tercer ejemplo se refiere a un solo poema, pero creemos que cabe mencionarlo por su pertinencia temática. Su autor es Roberto Ledesma, de quien el periodista y poeta Antonio Requeni (2001) dijo al cumplirse 100 años de su nacimiento:

...no fue un poeta de estética innovadora o revolucionaria. Le interesaba más lo aceptadamente bueno que lo azarosamente nuevo. (...) Sin embargo, la poesía de Ledesma no peca de pasatismo; el equilibrio de una belleza ceñida, despojada de adornos retóricos, son los rasgos de un estilo que (...) prefirió la obra bien hecha, de acuerdo con cánones tradicionales, a la riesgosa experimentación.

Cuenta Ledesma (pp. 93-94) que, en una ocasión, se reunió con otros tres poetas: Conrado Nalé Roxlo, Amado Villar y González Lanuza. En ese

encuentro, se repartieron los cuatro puntos cardinales de la Patria, en una especie de duelo poético. A Ledesma le tocó el Sur, al que se transportó con su imaginación, como lo hicieron muchos antes que él:

*Lo recorrí a vuelo de pájaro por el derrotero de sus grandes vientos,
el pampero, la sudestada, y fui dejando atrás la zona de los lagos
y las altas mesetas que los acantilados recortan sobre el mar, para
terminar en las planicies polares:*

*Punta del Sur, extremo de la rosa;
cuadrante flechador del viento largo;
áspero ya, como la mar, y amargo;
ya dulce, de verdura caudalosa.
Espino luego; arista recelosa;
nieve y vellón: la vida sin embargo;
y altas aguas de azules en letargo,
de una inmovilidad vertiginosa.
Después, en duros términos, el filo
de la tierra tendida a los recelos
de un misterioso océano tranquilo.
Proa del mundo hacia los grandes hielos,
las grandes soledades sin asilo,
las grandes noches y los grandes cielos.*

2. Crónicas de viaje

Los cronistas cuyos relatos dejaron una huella profunda fueron grandes exploradores, como Marco Polo, Cristóbal Colón o Scott; científicos, como Charles Darwin, o militares como José María Sobral. En todos ellos prima el asombro y la voluntad de transmitir el conocimiento adquirido durante las expediciones a las sociedades que los vieron partir. Viajar para descubrir, (sobre)vivir para contarlo.

Para Michael Jacobs (2010), la literatura sobre viajes puede enriquecer nuestra comprensión del mundo de manera única. Dado que tiene el potencial para abarcar varias formas de escritura –de la autobiografía a la ficción, del periodismo a la historia–, este género les permite a sus autores explorar ideas y disciplinas con una libertad que sería imposible en un contexto más académico. Este autor sostiene que “en su mejor expresión, los

escritos sobre viajes son una mezcla única de investigación intelectual, narrativa emocionante y visión poética”.

Explica Albuquerque García (2008) que las crónicas de viaje fueron cambiando con el paso del tiempo y se fueron adaptando a los contextos de la época en que se enmarcan, que “nacieron de una necesidad personal, natural o forzada por las circunstancias, de relatar las experiencias vividas durante un determinado viaje realizado por placer o por obligación”. Por su parte, Villoro (2006), nos dice que la crónica es un ornitorrinco, porque “de la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables”.

A) *Antártida, mi hogar (1962) y Expediciones anti-antárticas (1963)*, de José María T. Vaca

Publicado originalmente en 1957, y premiado con la medalla de oro 1958 en el concurso organizado por el Círculo Militar Argentino, esta crónica de Vaca –en ese entonces, teniente primero del Ejército– tuvo una segunda edición un lustro más tarde, cuando ya era capitán. De ella nos ocuparemos. No sólo porque se ajusta al período estudiado, sino porque, en palabras del autor:

casi al instante de mi regreso de una nueva estadía en la Antártida, pongo en manos de los lectores el relato vivo, actualizado, corregido y aumentado de lo que fue la primera edición.

En su Introducción, cuenta Vaca que nunca pensó que la obligación autoimpuesta durante dos años de “escribir diariamente los acontecimientos generales e íntimos podrían ser el núcleo y la base de estas humildes páginas”. El capitán explica que realizó una cronología desde 1502 hasta la década de 1960 para “conocer o refrescar los antecedentes históricos y los fundamentos incuestionables de nuestra soberanía”. Luego, se refiere a la flora y fauna de la Antártida, a la vida y el trabajo allí, las dificultades vinculadas con el aprovisionamiento y el relevo y detalla los estudios realizados en el Año Geofísico Internacional. Concluye su introducción diciendo que la segunda edición fue “ampliada por el autor en la ‘Base Militar General Belgrano’, la base polar más austral de la patria”.

Como lo indica su índice y confirma la lectura de sus 16 capítulos, el libro es muy completo y didáctico. Y ya que mencionamos el índice, vamos a hablar de dedos:

*Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana*

Durante este año, 1961, los problemas eran nuestros queridos dedos, a cada rato teníamos novedades.

Un día de enero, mientras descargaban tambores de combustible de 200 litros, la mano izquierda de Vaca quedó aprisionada entre dos tambores. El médico le hizo un pequeño corte y le dio tres puntos en el dedo anular. Dos días más tarde, un tambor se resbaló antes de llegar al trineo y le aplastó un dedo al suboficial ayudante Ledesma, que quedó con una fractura expuesta. El doctor realizó un corte en la articulación y lo cosió. El hombre no supo que había perdido dos falanges hasta dos semanas después, pero se lo tomó con filosofía gracias a cómo lo fue preparando mentalmente el médico. Unos dos meses después, el sargento primero Dirienzo se fracturó el pulgar derecho poniendo en marcha el motor de la usina. Vaca destaca el desempeño del doctor en función: “sobresaliente como en los casos anteriores”.

A mi querida dotación la llamaba “el relevo de los dedos” y todos los días, después del trabajo fuerte en el exterior, les preguntaba “novedades de los dedos”, si ello andaba bien, el resto no era problema.

Un año más tarde, ya con el rango de mayor, Vaca publica *Expediciones anti-antárticas*. Como su título lo indica, el libro, dividido en dos partes con sus respectivos anexos, es un *racconto* de las misiones que se emprendieron hacia ambos polos. Si bien se trata de un libro de historia, consideramos que su “Introducción” remite a la crónica y está escrita con estilo literario. Allí, Vaca cuenta que, cuando decidió partir nuevamente a la Antártida, varios le preguntaron por qué, si ya había pasado allí más de dos años. El autor pensó que era difícil entender a un antártico sin haber estado en la Antártida, por lo que creyó necesario dejar escritas sus varias razones:

...una, la de mayor peso quizá, “guiar a los neófitos”. Los caminos son duros y crueles para los que no saben prevenir los golpes del enemigo blanco, y solamente los elude aquel que ha caído a una grieta, el que ha sufrido la ceguera por el resplandor del hielo; el que se ha visto acorralado por los blizzards en una carpa sin tener una bolsa cama o ropa de repuesto; el que ha perdido todos los elementos personales, de trabajo y los víveres en un siniestro incendio; el que ha estado esperando un relevo y drásticamente lo

dejan impotente un año más; el que ha tenido que hacer grandes esfuerzos con escasos alimentos; el que ha tenido que elegir entre quedar congelado o caer intoxicado por las emanaciones de un calentador; el que todavía sufre los resabios de las artralgias en todas las articulaciones, producto de gélidas temperaturas en las largas campañas. ¡Bendito aquel que sin haberlas sufrido en carne propia logre superarlas!

La segunda era un imperativo de conciencia, pues me indicaba la obligación moral de regresar, dando un poco de todo lo aprendido y grabado con letras “de hielo” en carne propia.

La tercera era escribir un libro en la larga noche polar, encurrido en las catacumbas de hielo, que es la mejor escuela del endurecimiento, de la paciencia y del autodomínio.

Y la última, dicha con un poco de egoísmo, es hallarme entre los hielos y, a la vez, tan cerca de Dios.

El libro fue nuevamente escrito en la Base Militar General Belgrano. Vaca vuelve a mencionar la PATRIA –que esta vez escribe con mayúsculas– y la humildad:

Si al leer estas humildes líneas he llegado a tocar el alma humana y logrado que reconozca en su fuero interno una pequeña parte de tanta abnegación, he logrado mi objetivo.

La obra llega hasta la expedición antártica de 1957 y se cierra con 18 fotografías tomadas durante el año 1961. En la primera de ellas, un serio y barbado mayor Vaca mira a la cámara mientras escribe a mano su libro.

B) *Había una vez en la Antártida*, de Mario Luis Olezza (1967)

De estilo mucho más novelesco que *Antártida, mi hogar*, y con varios momentos poéticos, la crónica de Olezza registra sus ajetreados días como piloto en el continente blanco. El primer capítulo, “Frío y fría”, habla de los canarios que adquirieron para llevar con ellos a la Antártida. Olezza y un compañero suyo buscaron los pajaritos por toda la ciudad de Buenos Aires, hasta que los encontraron (p.15):

Una vieja vecina, con muchos años físicos y mentales, una especie de abuela con muchos nietos del espíritu y ninguno biológico, transitando casi en los umbrales de la otra niñez, entendió, o simuló

*Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana*

comprender, a aquellos dos desparejos y grandes-chicos, y les regaló dos de sus muchos pájaros amarillos, con la condición que debían traerle un hijo de la pareja.

El autor deja bien claro desde el título del capítulo “Héroe” la importancia que tiene el cocinero en una base. Compartimos dos tiernas definiciones que da al respecto (p. 23):

Cocina: lugar físico que, en la Antártida, recordará el hogar, la familia, la reunión amable.

Cocinero: casi siempre es el más feo de la dotación. De aquellos veinte o veintidós hombres, dispuestos a pasar un año juntos, apretados, reunidos como rebaño asustado. Hombres que terminarán viéndolo parecido a “mamá”.

Más adelante, en el capítulo “La carta”, el autor se refiere a la correspondencia que llevaban por avión a la Antártida. No hace falta recordar que, hace seis décadas, el único contacto privado que los miembros de una base tenían con sus seres queridos del continente era sólo por correo, ya que lo que se decía por radio era necesariamente escuchado por el radiooperador. Olezza observa que:

Todos querían descubrir primero la bolsa pequeña y roja. Ya no eran abrazos, ni llanto, ni risa, ni nada. Sólo las cartas. Ese mundo traspasando miles y miles de kilómetros en las letras, las palabras. En un pedazo de papel. En un sobre.

La intimidad después de un año. Aquella necesidad, casi desesperación (p.31)

En un momento, uno de los hombres de la dotación, emocionado, le explica a Olezza el valor de esa intimidad (pp. 34-35):

—Es la intimidad de adentro. Uno a veces se mezcla con un ser que quiere de una manera y a veces de otra. Por ejemplo, con una mujer en la cama. A veces lo hace en silencio; otras, necesita hablar... (...)...es comunicación de adentro, no se puede con la radio, en cambio sí con la carta, con la letra. Parece que uno adivinara los dedos, la mano, la piel. Y más todavía, mucho más. Que uno llegara a escuchar eso que se dice a veces sin sonido.

Cuenta Olezza, en el capítulo “Simba”, que un día se despierta y se cruza en la base con un perro, hecho que le llama mucho la atención:

Un perro, solo, aislado, aquí, es casi un misterio. Me levanto rápido, ya estoy vestido. Duermo vestido por el frío del dormitorio-túnel. Palpo, acaricio un lomo de pelos suaves, lanudo, Es un perro. Grande, robusto.

La cocina, lugar acogedor, está llena de hombres barbudos que, sentados en ronda, toman mate por turnos (pp. 39-40):

En el centro, del giro, de la rueda, un perro. Cuatro patas, negro, robusto, fuerte, gordo, sin hambre, limpio, en el collar: “SIMBA-1957”. (...)

—Está bien cuidado. Bien comido y limpio (...)

—No tiene lastimado debajo de las patas, hace mucho que no tira del trineo.

Y en el centro de la rueda, rueda de manos, de palabras, de hombres, Simba duerme un sueño tranquilo, profundo, de misterio, de tragedia, de historia de perros contadas en la cocina-hogar, por los hombres de barba por fuera, de barba por dentro.

En el capítulo “Más allá de la tristeza”, Olezza se refiere a la frustración que siente la tripulación del avión al no poder levantar vuelo. El autor imagina a los petreles riéndose de ellos, de su frustración, desde las alturas. Los tres hombres están solos en la inmensidad del desierto blanco (p. 48):

También el pájaro de metal plateado y rojo. Debemos esperar la caravana durante una o dos horas. Recorro la zona. Las lagunas de hielo son firmes y bastante grandes. Es una pena la nieve que las rodea.

Finalmente, los tripulantes consiguen que el “monstruo de metal y tela” les responda y ganan altura. Con el regreso, llega el ansiado alivio, que desata el llanto de quienes aterrizan y quienes los reciben (p. 54):

Me quieren consolar. No podemos. Ellos también lloran. Cada uno lloramos nuestra lágrima. Qué extraño rebaño de barbas, de cuerpos, de hombres. Se detienen los vehículos. Escuchamos gritos que vienen desde afuera. Abrimos la puerta...

*Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana*

Nieve... nieve... nieve... Pelotas de nieve. Cantidad de nieve. (...) Risas. Gritos. Nieve. Pelotas de nieve. Niños que juegan en el desierto.

En el capítulo llamado “Hombrecito”, asistimos a un vínculo imaginario que recuerda al que estableció el piloto de *El principito* con el niño extraterrestre que le da nombre a esa hermosa novela. Al despedirse de su alter ego infantil, Olezza medita (p. 72):

Gozabas con la nieve. Como el zorro, la liebre o el pino. Y crecían de tus manos las formas. Escultura cincelada en ese confin sin límites del espacio y el tiempo.

La nieve seguía cayendo lenta y cansada, Haciendo llanuras de blanco, serpentinadas de blanco, las nubes aplastándose contra las piedras de una montaña. Contra las aguas del lago. Las gotas pequeñas se convertían en mar. Mientras tú y yo caminábamos tomados de las manos. (...)

Llevaba en la piel, en los ojos, en la voz, de mi cuerpo y mi sangre, de mi sonrisa y mi sangre, un poco de aquel hombrecito de aquel planeta.

Olezza le dedica un capítulo entero al viento, y así lo llama. Cuenta, por ejemplo, que soplabla en ráfagas de bastante fuerza y que pegaba contra la pared de metal del dormitorio haciendo un ruido de golpes macizos, lo que le impedía dormir. El momento más poético –y amenazante– de ese apartado es cuando describe lo que siente al estar a merced del viento que imagina (p. 83):

Cruzando montañas, destruyendo piedras, revolviendo mares, agitando la vida. Teníamos la sensación en nuestra casa de metal que un ejército de miles de hombres golpeaban con sus puños contra las paredes exteriores y que en cualquier momento seríamos destruidos.

En “Mc Murdo”, el capítulo final, mientras vuela sobre el hielo, Olezza se permite liberar sus impulsos líricos para brindarnos un pasaje de singular belleza (p. 118):

Quietud, con la quietud del cosmos, con esa increíble e interminable quietud del tiempo y la distancia cuando se hacen eternidad,

dinámica de la luz y el cristal. Gigantes de la materia que hacen pequeño al hombre y éste, en actos de suprema rebeldía, conquistista, para ser un poco más hombre. Piedras con formas. Dedos estirados. Castillos. Parecen brazos que se alargan. Rostros. Esculpidos por la mano del escultor. Pintura del Pintor. Palabras del Poeta. Música del Compositor.

¿Cómo poder traducir la belleza de lo trágico? El drama de lo inalcanzable, de lo increado por el hombre, del misterio, de un más allá de la muerte o de un antes de nacer.

Después de dos intentos, los hombres pudieron aterrizar prácticamente a ciegas. Habían atravesado la Antártida, recorrido 2.400 kilómetros desde el mar de Ross hasta el mar de Weddell, volado más de 13 horas y sobrevolado el Polo Sur. Olezza cierra este libro inolvidable con una nota de humor (p. 121):

...recibí, junto al abrazo de uno de los integrantes de la Base, aquellas palabras:

—Desde que te fuiste, “fulano” está hablando mal de vos...

Estábamos en casa.

C) “Expedición terrestre argentina al Polo Sur”, de Gustavo Adolfo Giró (1966)

En 1965, la Argentina alcanzó por primera vez el Polo Sur por tierra. La expedición, bautizada “Operación 90” por los 90 grados sur de latitud que tiene el Polo Sur, fue realizada por 10 soldados del Ejército Argentino bajo el mando del coronel Jorge Edgar Leal. La Operación tenía como objetivo demostrar la capacidad argentina de alcanzar todos los rincones de su territorio soberano, buscando afirmar los derechos de soberanía territorial en la Antártida Argentina. Durante la marcha, se hicieron diferentes observaciones científicas y técnicas (geológicas, gravimétricas y meteorológicas).

El año siguiente al regreso, el capitán Gustavo Giró (1966), segundo jefe del grupo, escribió una crónica de la expedición, mucho más extensa que el informe presentado por Leal. La crónica fue publicada en la revista *Argentina Austral*. Allí, antes de referirse a la Operación 90, Giró habla de los antecedentes históricos y el desarrollo de la actividad científica y técnica, de José María Sobral, de Hernán Pujato, de la expedición invernal de 1962. De lectura fluida, el texto de Giró no está exento de líneas de gran carga emotiva:

*Antártida en la década de 1960
Una perspectiva latinoamericana*

... a partir de las nueve horas del día 10 de diciembre, una bandera con los colores celeste y blanco, símbolo de un país pujante, flameaba como un grito desafiante de soberanía en el mismo Polo Sur, situado en el centro del continente Antártico (...) El coloso antártico, cuya conquista y ocupación es reciente, constituye aún en nuestros días, un verdadero cofre de misterios, que hombres de ciencia de numerosos países tratan de desentrañar con fines científicos.

Al igual que José María Vaca y tantos otros antárticos, Giró intenta transmitir sus sensaciones a quienes nunca pisaron el continente blanco:

Es difícil que el lector logre imaginar lo que significa marchar en esta situación o esperar un auxilio en ese desierto blanco, tan vasto, tan immaculado e inmovible, en su uniformidad glacial de absoluto silencio. Recién entonces el ser humano siente su pequeñez y su fragilidad y adquiere conciencia de la real dimensión de su intrepidez.

Asimismo, Giró reconoce el gran valor del grupo humano que participó de la Operación 90:

La paciencia y la voluntad fueron factores importantes en el éxito. Los trineos se rompían muy a menudo debido al terreno rugoso y duro. Fue necesario varias veces descargar y distribuir la carga de acuerdo a la mayor o menor resistencia de los mismos, con el fin de que llegaran. No era una solución llegar al Polo con lo estrictamente necesario y solicitar la cooperación norteamericana para la marcha de regreso, había que llegar y regresar por los propios medios o no llegar. Esta era una Expedición Argentina y como tal debía valerse por sí misma.

La crónica de Giró culmina como empezó, con la mención a la bandera argentina flameando en el polo:

El 10 de diciembre de 1965, a las nueve horas, el pabellón patrio fue izado en el mástil colocado en el mismo Polo Sur donde los corazones de diez argentinos latieron al unísono pletóricos de alegría ante la satisfacción del deber cumplido.

A modo de conclusión

La poesía y la crónica de viaje son géneros muy distintos, que proporcionan diferentes perspectivas sobre el tema que abordan. Sin embargo, ambas buscan –y son capaces– de generar emociones y reflexiones en los lectores. Como vimos en este capítulo, los límites no siempre son tan evidentes: aunque un género se plasme casi exclusivamente en verso y el otro siempre se escriba en prosa, hay poemas de corte narrativo y crónicas con altas dosis de poesía.

La poesía y la contemplación de la naturaleza estuvieron íntimamente ligadas a lo largo de la historia. La poesía antártica nos permite apreciar la belleza y el misterio de la Antártida desde una perspectiva imaginativa y emocional. Así lo vimos en el extenso poema traducido por Noemí Carranza o en los versos de Carlos Moneta Testa y Roberto Ledesma, en los que abundan las menciones al hielo, el viento, la nieve y el silencio.

Las crónicas de viaje antárticas, por su parte, nos permiten conocer la Antártida desde un punto de vista factual y más objetivo, a través de las experiencias de primera mano y las reflexiones del cronista. Son textos importantes por su valor informativo, pero también por su valor emotivo. El rigor del clima de la Antártida y su distancia del continente impregnan los textos con aventuras en las que asistimos a muestras de coraje, de abnegación, de camaradería o del poder de los elementos.

Ambas formas de expresión son importantes para comprender el continente helado y su significado para la humanidad, representada, como una parte por el todo, por quienes narran para nosotros. En definitiva, se trata de manifestaciones literarias que buscan la identificación en quien lee. Pero, como escribió alguna vez Leila Guerriero (2009), una de nuestras mayores cronistas, la “crónica de viajes es, también, una provocación: ¿podrías haber hecho lo que hice, ver lo que vi, volver para contarlo?”.

Bibliografía

- Aguilar, M. (ed.). (2009). *Travesías inolvidables. Las mejores crónicas de viaje de la revista Domingo*. Editorial Aguilar: Santiago de Chile.
- Albuquerque García, L. (2008). "Apuntes sobre crónicas de Indias y relatos de viajes" [en línea]. En *Letras*, 57-58. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/apuntes-chronicas-indias-relatos-viajes.pdf>
- Argentina.gob.ar. Departamento de Estudios Históricos Navales. *Argentina.gob.ar*. <https://www.argentina.gob.ar/armada/historia-naval-argentina/departamento-de-estudios-historicos-navales> (consulta: noviembre de 2023).
- Barcia, P. (2013). *La literatura antártica argentina*. Academia Argentina de Letras. Dunken: Buenos Aires.
- Folkart, B. (1989). «Translation and the arrow of time». En *TTR: Traduction, Terminologie, Rédaction*, volumen 2, número 1, 1^{er} semestre de 1989, pp. 19-50. Disponible en <https://doi.org/10.7202/037031ar>
- Giró, G. A. (1966). "Expedición terrestre argentina al Polo Sur", en *Argentina Austral* n° 415, año XXXVI, mayo de 1966.
- Jacobs, M. (2010). «Diarios de viajes». En *El tiempo*, 30 de enero de 2010. Disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7080407>
- Jaramillo Agudelo, D. (ed.). (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Alfaguara: Buenos Aires.
- Ledesma, R. (1964). *Una geografía argentina vista por los poetas*. Ediciones Culturales Argentinas: Buenos Aires.
- Marrocco Maffei, G. (1994). "De la traducción como un sistema de reescritura". En *V Encuentros complutenses en torno a la traducción*. (1995). Martín-Gaitero, R. (coord.). Editorial Complutense: Madrid, pp. 141-146.
- Moneta Testa, C. (1964). *Antártica. Poemas de hielo*. Colombo: Buenos Aires.
- Palmer, J. C. (1962) [1843] *Thulia: un relato del antártico*. Secretaría de Estado de Marina: Buenos Aires.
- Redacción *Gaceta Marinera* (s/f). 25 de octubre de 1957: creación del Departamento de Estudios Históricos Navales. <https://gacetamarinera.com.ar/especiales/25-de-octubre-de-1957-creacion-del-departamento-de-estudios-historicos-navales/> (consulta: noviembre de 2023).
- Requeni, A. (2001). El poeta Roberto Ledesma a cien años de su nacimiento. Disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/>

- boletin-de-la-academia-argentina-de-letras--2/html/027f7638-82b2-11df-acc7-002185ce6064_31.html (consulta: noviembre de 2023).
- Retóricas. Ejemplos de anáfora. <https://www.retoricas.com/2009/06/10-ejemplos-de-anafora.html> (consulta: noviembre de 2023).
- Vaca, J. M. (1963). *Expediciones anti-antárticas*. Círculo Militar: Buenos Aires.
- Vaca, J. M. (1962). *Antártida, mi hogar*. Ediciones Heraldo: Buenos Aires.
- Villoro, J. (2006). “La crónica, ornitorrinco de la prosa”. En *La Nación*, 22 de enero de 2006. Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa-nid773985/>